El Mar y la Costa del Perú en la visión de los Corsarios y Piratas* -Siglos XVI - XVIII

Edgardo Rivera Martínez

Entre los navegantes que incursionaron por nuestros mares entre los siglos XVI y XVIII ocupan un lugar especial los que vinieron por un afán de enriquecimiento, de figuración, de poder, como los corsarios y filibusteros ingleses, franceses y holandeses. Los corsarios, como es sabido, eran quienes capitaneaban naves armadas de propiedad privada, con patente de corso concedida por el gobierno cuya bandera exhibían, con autorización para detener e inspeccionar, y llegado el caso saquear, naves mercantes, cualquiera que fuese su nacionalidad. Eran piratas, en cambio, los que sin autorización se comportaban como asaltantes en el mar. Filibusteros se llamaban a los de las Antillas, y filibusteros del Pacífico, a los que recorrían nuestro océano.

Unos y otros se distinguían, más allá de sus características personales, por una gran vitalidad, codicia, amor a la acción y a la aventura. Podríamos agregar también –en el caso de los ingleses y holandeses– el odio a los católicos, y en especial a los españoles. Un autor de esos tiempos, Oexmelin, decía: "Cuán bravos son estos aventureros, determinados e intrépidos, no conocen ni fatigas ni peligros que los detengan [...todo ello], sin embargo, siempre con el deseo de botín, y nunca de gloria". Pero hay también entre ellos, como es el caso de Woodes Rogers, quienes idealizaban ese modo de vida, hablando incluso de "caballería errante".

No pocos de ellos escribieron y publicaron relatos de sus andanzas, en libros que en su mayor parte son rarezas bibliográficas, aunque algunos tuvieron varias ediciones. Lo que aquí decimos se basa en esos testimonios.

El mar. El paisaje costeño

El sentimiento del paisaje, tal como lo entendemos, y que tiene sus comienzos en el romanticismo, no existe en las relaciones de estos viajeros, que no buscan ni encuentran en la naturaleza una correspondencia efectiva de sus estados anímicos. Tampoco asumen frente a ella una actitud contemplativa, ni la hacen objeto de un exotismo sentimental. No hay nada más alejado a la actitud, por ejemplo, de un Chateaubriand. La naturaleza no es más que el escenario, a menudo hostil, de sus hechos y aventuras. Y, sin embargo, y de alguna manera, estos hombres reaccionaban frente al particular paisaje que veían sus ojos.

El mar, qué duda cabe, da a corsarios y filibusteros su leyenda, pero curiosamente en estas relaciones de viaje no aparecen, al respecto, otras referencias que las estrictamente náuticas, es decir mar agitado, mar tranquilo, mar tempestuoso. No hay adjetivos para describir la intensidad del azul de las aguas tropicales, ni se detienen en la coloración oscura de los mares australes. ¡Cuánta diferencia, hay, en ello, con la "Odisea" de Homero, con sus numerosos epítetos!

El adjetivo que con mayor frecuencia acompaña a la mención del litoral es el de "desértico". El narrador de la expedición de Drake habla de una costa "desnuda y montañosa". Tal idea se ve reforzada a menudo por una acumulación de negaciones: ausencia de agua, de verdor, de leña, de provisiones. El narrador de "The World Encompassed" (1628) dice que es un litoral "muy desnudo, sin agua ni madera", y su compatriota Shelvocke, quien estuvo por nues-



Toma de Paita por la expedición de Speilbergen.

tras costas hacia 1710, insiste en esa idea. Dampier manifiesta en 1697 que en esta "seca región" no se ve ningún verdor que crezca en las montañas ni en los valles, excepto aquí y allá..." Lionel Wafer, quien visitó este mar en la década de 1680, dice también que este litoral es "desnudo y desolado", y apunta que:

> "no hay nada que ver excepto arenas desérticas y rocas desnudas, excepto en un valle aquí y allá; ningún árbol ni hierba ni cosa verde" [...] Nada de gente ni señal alguna, excepto aquí y allá una pobre ciudad o aldea, o aun un puerto [...]". Y de los valles, el mejor era el de Ilo, "muy fértil y provisto con una multitud de vegetales [...] Hay un extraordinario tipo de naranjas, del tipo de las de China".

Desde luego, que la mención de esas carencias guarda estrecha relación con las necesidades que los autores de esas obras y sus compañeros experimentaban con urgencia, mucho más que con una reacción de índole estética frente a la naturaleza. Sólo el adjetivo "desolado" corresponde a una menos objetiva y más personal, y la emplea Wafer, quien parece haber sido, en ello, una excepción, como que es también el que se detiene en la descripción de los valles que interrumpen la franja desértica.

De las islas, aparte de los datos puramente náuticos, se dice cosas semejantes. Shelvocke, curiosamente, habla de que en ellas el suelo parecía "tan quemado", refiriéndose así, seguramente al guano, que parecía "ceniza". Y Speilbergen se admira ante las mirladas de aves, muchas de las cuales le parecían de forma y tamaño "maravillosos". Es también Shelvocke quien da más atemorizada descripción de una de las cavernas marinas que vio en ellas: "Hay aquí una espaciosa caverna de roca, refugio de lobos marinos, cuyos continuos aullidos al repetirse en eco por todas las oscuras paredes de la gruta, hacen de ella un sitio de tanto horror como puede imaginar la imaginación humana".

Mas no se vaya a creer que semejante actitud general aparece solo tratándose de la observación de nuestras cosas y de ocasionales desembarcos. Con la misma objetividad reaccionan frente a otros paisajes, y sólo de cuando en cuando se refleja, por ejemplo, una personal complacencia frente a la opulencia vegetal de las islas del trópico.

En cuanto a los Andes, hay que distinguir las apreciaciones que se refieren a los cerros de la costa de aquellas que se refieren propiamente a la cordillera. De los costeños nos dicen, como es de esperar,

que son desérticos, grises. Shelvocke habla de "colinas arenosas, perpetuamente quemadas por el calor del sol". Mas se refiere también a los "profundos precipicios y enormes peñascos cerca del mar", que a la distancia parecen de cal. En cuanto a la cordillera propiamente dicha –entrevista a la distancia, a veces por encima de la neblina– enfatizan más que nada su altura. Dampier pondera su "altura prodigiosa", y estima que sus cumbres deben ser las más altas de la tierra. Funnel también subraya que son "prodigiosamente elevadas", y Anson afirma en los años 1740 que son "inmensamente más altas que otras montañas del globo". Esa altitud es para Dampier, Anson, Betagh y otros, la causa del clima de la costa, especialmente de su ausencia de lluvias, que por lo demás determina, según el segundo, un "clima feliz". Betagh considera que los vapores que nublan el cielo de Lima tienen que ver con la condición delicada de los limeños, siendo todo el año una "feraz primavera", muy diferente de las brumosas regiones europeas.

Un detalle curioso. Oliver van Noort se encontró a la altura de Arequipa en abril de 1600, y él y sus hombres presenciaron desde su nave el extraño espectáculo de la caída de una suerte de fina arena, blanca como harina, que oscurecía el cielo, y que acaso era la ceniza de la erupción volcánica que tuvo lugar aquel año.

Vestigios del antiguo Perú

Al desembarcar en Huarmey, según cuenta Lionel Wafer, se dieron con una extraña sorpresa, que también conocieron algunos otros viajeros:

> "Caminamos por más o menos cuatro millas por una bahía arenosa, toda la cual encontramos cubierta por los cuerpos de hombres, mujeres y niños que yacían tan apretados que un hombre, si hubiese marchado por media milla, nunca habría dado un paso fuera de un cuerpo muerto. Estos cuerpos, por su apariencia, parecían haber finado hacía menos de una semana, pero si se los tocaba, resultaban estar tan secos y livianos como una esponja o un pedazo de corcho."

El Perú colonial. La riqueza

Resulta casi innecesario señalar la insistencia con que estas relaciones se refieren a la riqueza del Perú. Esta era el señuelo que los traía al Mar del Sur, salvando miles de kilómetros. La mayor parte de los tesoros de que se apoderan en Portobelo provenían del Perú, y eran proverbiales los tesoros de galeones como el 'Cacafuego' y el 'Rosario'. Raveneau de Lussan dice que el Perú, por cuyo mar navegó entre 1684 y 1688, es "uno de los países más ricos del mundo", y no solamente por el oro y la plata sino también por la "fecundidad de la tierra". Y en otra parte pondera la abundancia de plata, por la cual los utensilios comunes que en Francia eran de fierro o de cobre, aquí lo eran de ese metal. Y Rogers, refiriéndose a la incuria de los españoles, asegura en 1716 que "si hubiese aquí un pueblo industrioso, gobernado por buenas leyes, es de temer que el oro y la plata no se hiciesen tan comunes que habría necesidad de recurrir a otros medios para satisfacer la avaricia e intemperancia de los hombres".

Las ciudades. Lima

Las referencias a las ciudades costeras son escasas, en razón de los pocos desembarcos, con propósitos nada santos, que estos hombres de mar efectuaron. Así Cavendish bajó y saqueó Paita en 1587 y su relación la describe como "maravillosamente limpia en todas sus calles". También lo hizo William Dampier, quien recuerda el rico interior de algunas de sus casas: "Los interiores están recubiertos con ricas telas bordadas o pintadas. Tienen abundancia de hermosas pinturas, que añaden no poco ornamento a sus casas".

Pero el caso más destacado, por no decir novelesco, es el de un Captain of Marines de la expedición de Shelvocke, llamado William Betagh, cuya visión de Lima, y el testimonio que dio sobre su estancia en el Perú, son de veras excepcionales. Tripulaba un pequeño buque cuando fue capturado por los españoles a la altura de Paita, a fines de 1720, y llevado con sus compañeros a Piura, en un cautiverio que narra en su relación, tan rara como entretenida, *A Voyage round the World* (Londres, 1728). Allí fueron recluidos en casa de un hidalgo, con gran alboroto de la pobla-



Edgardo Rivera Martínez *(Jauja en 1933)*
Cursó estudios en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, y después en la de París, donde realizó investigaciones, en especial sobre literatura de viaje. Fue profesor en la Escuela de Literatura sanmarquina, y profesor visitante en universidades de Francia y los Estados Unidos de Norteamérica. Pero es, sobre todo escritor. Su novela "País de Jauja" ha alcanzado varias ediciones, y una segunda, "Libro del amor y de las profecías", muy bien recibida por la crítica. Ha escrito innumerables libros de relatos, reunidos en sus "Cuentos Completos", publicados por Alfaguara.

ción, que acudió a ver a tan temida gente. Ese caballero tenía cinco hijas, a cuya vista, y por el modo en que los acogieron, dice Betagh, "abrigamos la esperanza de que [...] resultaría grato nuestro cautiverio." Una de ellas, muy hermosa, tañía en el arpa canciones italianas e inglesas, a propósito de lo cual escribe nuestro autor: "y así, en virtud de la música y de ese pacífico modo, pudimos vivir en armonía con quienes tenían todo el derecho de tratarnos como enemigos."

Después fueron conducidos a Lima, donde tuvieron una recepción mucho menos calurosa. Sometidos a juicio, fueron condenados a prisión, mas la buena suerte los acompañó nuevamente, pues nuestro autor fue liberado gracias a la intervención de un valido del virrey. Sus compañeros también lo fueron, pues se convirtieron por interés al catolicismo. Y no sólo eso, sino que los nuevos católicos se reunieron, en cuanto les fue posible, para celebrar su conversión en casa de un paisano, John Bell, casado con una negra. Y tan bien regado fue el jolgorio, que pronto se embriagaron y se pelearon, y olvidando su catolicismo confundieron la imagen de un santo que había en la estancia con uno del grupo, y le dieron de golpes. La cosa llegó a oídos de la Inquisición, y volvieron a chirona, pero a poco salieron libres.

En la capital Betagh se dedicó a observar el país y a sus habitantes. Reparó en el buen trazo de la ciudad. Enumera las variedades raciales de los habitantes, y señala que los indios y los negros realizaban todos los trabajos fuertes, ya que "tener una cara blanca era suficiente motivo para no hacerlo." Tomó nota, por cierto, de la extremada afición al lujo que sentían los criollos. Dice al respecto: "De todas las gentes del mundo, las de aquí son las más dispendiosas en sus vestidos..." Y señala: "Pero el orgullo de ambos sexos se cifra más que nada en los encajes de Malines y Bruselas con que adornan su ropa blanca, de la más extravagante manera, sin omitir sus sábanas y almohadas."

Pero el aspecto que con más atención observó fue el de la vida amorosa, incitado sin duda por gratas experiencias personales. Las páginas que consagra al tema son las que dejan una imagen más original y novelesca. Escribe al respecto: "...la galantería y la intriga son llevadas aquí a la perfección, pues [los limeños] consagran tanto de su tiempo al servicio del bello sexo, que Venus parece tener asentada aquí su

Desembarco y toma de Huarmey, por la expedición.



corte. Es indecoroso no tener una amante, y escandaloso no mantenerla como se debe." Y nadie ha celebrado como él, en su época, y con tal galantería, a las limeñas:

> "En cuanto a las mujeres, tienen muchas cualidades, tanto naturales como adquiridas. Su conversación es desenvuelta y vivaz, sus movimientos llenos de gracia, su apariencia encantadora y sus palabras cautivantes. Tienen todas una figura delicada, no malograda por rígidos corsés, sino librada a la belleza de lo natural, de tal manera que no se ve entre ellas ningún cuerpo contrahecho. Sus ojos y dientes son particularmente excelentes, y su cabellera, por lo general de un color oscuro brillante, es peinada con elegancia y sujeta con cintas, pero nunca disfrazada con polvos, y así la claridad de su piel en torno a las sienes se ve bellamente sombreada, a través de su cabellera, como la luz a través de un paisaje."

El coloquio amoroso era, según Betagh, todo un rito que se realizaba a la hora de la siesta, y después nuevamente a la hora del anochecer, pero siempre en un clima de gran discreción. Más tarde, acabadas ya las plegarias, salían los hombres a ver a sus amadas:

> "...Constituye costumbre universal disfrazarse de una manera o de otra; ya que aquellos que no tienen una amante tienen vergüenza de ser considerados como demasiado virtuosos, y se ven forzados, con cualquier máscara, a seguir la corriente. Pero como todo esto es asunto nocturno, tienen establecida una regla para prevenir las riñas, cual es la de nunca dirigirse la palabra ni tomar nota de nadie, ya sea que vayan en pos de un simple escarceo amoroso, o que estén de visita con sus damas, de modo que, en suma, la mayor parte de la noche es toda una mascarada, y ello a lo largo de todo el año."

Como conclusión de todo ello, Betagh escribe una final y acaso nunca igualada apología de Lima:

> "Como resumen diré solamente que los españoles peruanos están más dotados para la felicidad en este mundo que ningún otro pueblo. Si son indolentes, la mucha riqueza lo determina así. Si son delicados, es porque la suave serenidad del clima contribuye en mucho a ello. No se necesita mucha economía y trabajo allí donde todo el año es una fructuosa primavera. [...] En nuestras neblinosas y diferentes regiones muchas [de sus] costumbres serían condenables, pero son aquí puro efecto de la naturaleza, pues el día y la noche son un feliz término medio entre el calor y el frío. [...] Por lo tanto, si la inclinación general de la naturaleza humana es hacia una permanente felicidad y liberación de todo sufrimiento, el hombre de placer debe trasladarse al Perú, y hacer de Lima su paraíso temporal." ⚓

* Ver, del autor, "El Perú en la literatura de viaje europea de los siglos XVI, XVII y XVIII". Lima, Facultad de Letras de la U.N.M.S.M., 1963. Allí figuran en detalle las precisiones bibliográficas. Los pasajes citados han sido traducidos por el autor.